

AUTORES Y LIBROS

Alone: ¿Cien años de soledad?

Cuando Alone era pequeño se llamaba Hernán Díaz Arrieta. No nació crítico. Crítico fue el momento en que nació. La propensión a la crítica le surgió después, como la propensión al dolor de oídos o a la irritación de los ojos. Vino al mundo Hernán Díaz Arrieta en el seno de una familia de bien, pobre, o, como subrayó él mismo alguna vez, "en el seno de una familia bien pobre", de rigurosos hábitos patriarcales. La calle —avenida— República estaba literalmente en pañales cuando Hernán, niño, discurre por ella. La Avenida de la República se extendía, al sur-poniente de Santiago, desde la Alameda de las Delicias hasta la calle Grajales. De ahí hacia el sur no era sino un polvoriento camino de campo, en expresión de Eduardo Balmaceda Valdés, testigo ocular de esos años, los iniciales del siglo XX. En la esquina final de la Avenida República se alzaba la residencia de doña Adelaida Correa y Toro de Ovalle, dama que, en opinión de Balmaceda Valdés, dominaba con su presencia aristocrática los afanes de todos aquellos individuos de holgados recursos que, buscando sol, aire agrario, espacio vital, habían resuelto emigrar de la planta céntrica de la ciudad. Vecinos notorios de la Avenida República: don Carlos Lira Correa, don Ramón Coe, don Isaac Ortiz Vera, don Carlos Besa, familia Gatica Cortés-Monroy, don Eduardo Reyes Lavalle. Este último caballero instaló la primera discoteca de que haya recuerdo en Chile con audición a la acera situada al frente de su casa. Propietario de un moderno fonógrafo, en las noches de verano congregaba a los entusiastas vecinos abriendo las ventanas exteriores de su salón de conciertos.

Don Eduardo Reyes Lavalle fue en todo sentido un pionero. Luego de la hazaña del fonógrafo, tuvo el mérito de salir de "tour" por la Avenida República con toda su familia montada

en bicicleta. Hernán Díaz Arrieta tenía su casa en la acera opuesta a la de don Eduardo Reyes Lavalle. Se cree que en musicales noches de verano el joven Hernán no pudo eximirse de ensayar sus primeros pasos de baile. Al lado del hogar presidido más por la madre que por el padre, doña Teresa Arrieta de Díaz, tenían el suyo la familia Manzano Matta, don Ladislao Larraín Lecaros, don Abel Donoso y don Nicolás Vicuña Correa. Don Abel Donoso, dueño de una hermosa quinta de solaz, célibe y célebre floricultor del barrio, se complacía mucho "jardinereando" en los jardines ajenos. Provisto de excelentes medios de fortuna, por lo que su oficio de floricultor se hacía pródigo, en más de una oportunidad llevó sus conocimientos al jardín de Hernán Díaz Arrieta. La Avenida República mostraba entonces mansiones suntuosas. Las costumbres, sin embargo, solían ser lugareñas. "Por las tardes los vecinos sacaban sillas a la acera y sentábanse en amable camaradería a comentar los últimos sucesos y esperar las visitas cotidianas que recibía cada familia". (E. Balmaceda Valdés).

Por cierto, el joven Hernán Díaz Arrieta tuvo ocasión magnífica de oír cosas muy divertidas en esas reuniones. Más tarde, al trabar relación deslumbrada con la obra de Marcel Proust, el "mundo" riquísimo de matices humanos de la calle República lo envolvió de nuevo en su efluviu. Se vio bailando, andando en bicicleta y cantando tenuemente durante las noches de luna.

Según se sabe, Hernán Díaz Arrieta no fue niño de jugar al trompo, a las bolitas o impulsar una frágil rueda de madera con una vara de mimbre junto a una banda de muchachos desaharrados. Tímido y observador de carácter, delgado y angosto de facciones, experimentó, aún adolescente, la atracción del cenáculo elegante. Como al narrador de la obra de Proust, le fue

imposible no dejarse seducir tempranamente por secretas adivinaciones de índole romántica. Así apareció su amor por las letras, que se enlazó con la emoción temblorosa de conocer en persona a la escritora que se firmaba "Shade" (Mariana Cox de Sutven). Mariana Cox, casada, varios años mayor que él, fue su libro de horas, su Lou Andreas Salomé, suponiendo ser él Rainer María Rilke. En la empresa de capturar la atención casi exclusiva de aquella mujer casada, Hernán Díaz Arrieta empleó procedimientos y herramientas nada extraños en la utilería de la pasión fogosa. Acentuó los rasgos de su preferencia por la soledad y puso en jaque sus aptitudes para suscitar admiración escribiendo un diario de vida. La sinceridad del empeño estaba a la vista. El hecho de enamorarse de esa forma frenética de una mujer casada no lo acercó a la religión que los suyos compartían con fervor consuetudinario. Mas bien, diríase, que el episodio, que ocupaba literalmente las tres cuartas partes de su existencia, lo situó a las puertas del agnosticismo. En sus lecturas de Renán vería trasuntarse luego algunos de sus dilemas radicales.

Mientras tanto, en la lucha por sobrevivir a las "pruebas del caos", la literatura constituyó la esponja para curarse las heridas del campo de batalla. Y, dentro de la literatura, una especie retórica susceptible a las peores vejaciones: la crítica.

El ejemplo del corpulento, ancho y ático a la vez, C.A. Sainte-Beuve, confeso amante de Adèle Hugo, esposa de Víctor Hugo, lo estimuló en el campo de la expresión estilística. Se podía ser buen crítico sin dejar de ser buen escritor. Leyendo en las fuentes de su sabiduría a Sainte-Beuve, descubrió que el arte de escribir se acompaña siempre de algún desajuste psicológico u orgánico cercano al que obligó a Proust a enclaustrarse en una habita-



Alone, Hernán Díaz Arrieta, también tuvo un alto desempeño en la radiotelefonía.

ción hermética, y a Amiel, maestro reservado del amor caudaloso, a confesarse víctima del terror femenino. No se ha estudiado en Hernán Díaz Arrieta el peso del influjo materno como factor de inhibición ante el desafío del contrato matrimonial. La fijación erótica en la figura de Mariana Cox, que habría podido ser su madre, constituye otro elemento digno de análisis en esta cadena intelectual de corte freudiano.

Al cumplirse cien años del nacimiento del crítico literario más importante, original y discutido de Chile, hemos estimado lícito asomarnos brevemente al balcón de sus años de aprendizaje. Estos años de aprendizaje deberán considerarse indisolubles con el curioso paisaje de triunfalismo social en que discurre su infancia.